

---

## PERFILES DE LA CULTURA POLITICA EN UNA NUEVA DEMOCRACIA: ESPAÑA, 1975-1990 (\*)

JOSE RAMON MONTERO  
CATEDRATICO DE CIENCIA POLITICA  
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

MARIANO TORCAL  
PROFESOR DE CIENCIA POLITICA  
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

Este artículo ofrece una visión general de las actitudes políticas básicas de los españoles desde los últimos años del franquismo hasta la actualidad. Su objetivo consiste en analizar los elementos de continuidad y cambio que se han producido a lo largo de esos quince años. Para ello observaremos la evolución actitudinal de los españoles en tres grupos de indicadores. El primero incluye indicadores electorales, en la medida en la que las cinco elecciones parlamentarias celebradas hasta el momento expresan preferencias ideológicas fundamentalmente moderadas y reformistas. Analizaremos a continuación las orientaciones hacia el sistema político, y finalizaremos con las opiniones sobre la política democrática y los mecanismos de participación.

Como comprobaremos enseguida, las actitudes básicas de los españoles se caracterizan por la coexistencia de las favorables a la legitimidad democrática con las de desimplicación y apatía políticas. Este hecho ha motivado dos interpretaciones generales del cambio político en España (Botella, 1992; Gunther, 1988). Una primera interpretación subraya el éxito de los procesos de transición y consolidación democráticos. El desmantelamiento institucional de un largo régimen autoritario, la creación de un sistema político ampliamente aceptado y razonablemente eficaz, la superación de *cleavages* tradicionalmente divisivos, la alternancia gubernamental por un partido de izquierda moderada y la plena incorporación a la escena internacional suponen, *inter alia*, éxitos indudables, hasta el punto de haber colocado a España como referencia obligada para muchos otros procesos democratizadores. En la interpretación que podría denominarse positiva, estos éxitos

---

(\*) Este trabajo es una versión abreviada del publicado en 1990 en *Sistema*, bajo el título de "La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio".

implicarían una cierta sintonía entre el sistema político y la cultura política de los españoles, es decir, entre el marco democrático, sus actitudes políticas y las pautas de la actividad política.

Sin embargo, una interpretación alternativa subraya la apatía política y la baja implicación en política como los rasgos definitorios más importantes de los españoles. Ambas características habrían sido producto de la combinación de efectos históricos a los que las élites de la democracia no han podido, o sabido, encontrar remedio<sup>(1)</sup>. Además, las exigencias de la transición política, realizada mediante pactos consensuales intrapartidistas, excluyeron prácticamente la participación política de las masas en un momento en que se estaba produciendo un importante desarrollo actitudinal. La pasividad política sería así simultáneamente la manifestación actual de una densa tradición histórica y uno de los efectos secundarios de la transición. Las concepciones habitualmente negativas sobre la actividad política se combinan también con la falta de estímulos simbólicos e instrumentales en los momentos de normalidad. Y ello, a su vez, ha reforzado las opiniones que convierten a la actividad política en un dominio virtualmente reservado a los políticos profesionales.

Aunque ambas interpretaciones no son, a nuestro juicio excluyentes, en este artículo trataremos de mostrar empíricamente la importancia de esta segunda interpretación, así como su incidencia en la conformación

(1) Entre esos factores cabría señalar la tradición de turbulencias y discontinuidades políticas de los dos últimos siglos, la manipulación del voto en los momentos de desarrollo del sufragio universal, los efectos polarizadores de la intensa movilización política de la República en los años treinta y la inculcación de los valores de desmovilización, apatía y antipartidismo durante el régimen autoritario.

de las actitudes básicas de los españoles en la actualidad.

#### Las actitudes políticas en los últimos años del franquismo

En 1975, cuando fallece el general Franco, España era la dictadura más duradera de las que se habían establecido en la Europa de las entreguerras. Era también el único país que había conocido una guerra civil como punto final del proceso de crisis de su sistema democrático. Después de cuarenta años de duración, el franquismo, sin embargo, no pudo sobrevivir a la muerte de su fundador.

La exitosa historia de la transición ha sido ya contada (Linz et al., 1981; Maravall, 1984, Santamaría, 1982; Maravall y Santamaría, 1986). Sus hitos básicos comprenden en el mismo año 1975 la instauración de la monarquía en la persona de Juan Carlos I, que llegaría a simbolizar el cambio de legitimidad entre el viejo y el nuevo régimen; la celebración de un referéndum en 1976 para ratificar los primeros pasos de la reforma política democrática; la celebración en 1977 de las primeras elecciones democráticas después de cuarenta años, que dieron lugar a un Parlamento constituyente; la aprobación en 1978 de una Constitución democrática, redactada con acuerdos consensuales y quasi-consociacionales por las nuevas élites políticas; la renovación en 1979 de las élites locales de más de 8.000 municipios a través de las primeras elecciones locales; la institucionalización de un Estado regional o quasi-federal por las primeras elecciones regionales en el País Vasco y Cataluña en 1980; un intento de golpe de Estado en 1981; el realineamiento del sistema de partidos más amplio de Europa en las elecciones parlamentarias de 1982, que dieron lugar a la desaparición del partido hasta entonces gobernante (la Unión de Centro Democrático [UCD]) y a la llegada al Go-

bierno del Partido Socialista Obrero Español (PSOE); la generalización en 1983 de las instituciones regionales de autogobierno en todas las Comunidades Autónomas; la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1985; y la confirmación en 1986 de su presencia en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

En sentido estricto, la transición desde la dictadura finalizó en 1978-1979, cuando la nueva Constitución consagró las instituciones políticas y las reglas de juego democráticas de un Estado monárquico, ampliamente descentralizado y con una forma de gobierno parlamentaria. La consolidación democrática se alcanzó en 1982-1983, cuando el PSOE logró una espectacular victoria electoral que le permitiría la formación de un Gobierno mayoritario y homogéneo por vez primera en la historia española. Pocos años después de la muerte de Franco, el cambio político había cristalizado en un sistema democrático consolidado y estable.

Pero, como es sabido, las actitudes políticas suelen mostrar una menor propensión al cambio. ¿En qué sentido lo hicieron las de los españoles? La respuesta debe considerar ante todo dos aspectos generales: de un lado, sus experiencias históricas recientes; de otro, sus perfiles en los últimos años del franquismo. Por lo que hace al primer aspecto, la formación de las actitudes políticas de los españoles en las últimas décadas ha estado marcada por cinco fenómenos de la máxima importancia (López Pintor, 1982). (i) La guerra civil, que sufrió el 30 por ciento de la población actual y que fue transmitida al resto como experiencias de victoria y/o derrota (traumáticas en ambos casos, pero sobre todo en el segundo). (ii) El régimen autoritario, basado en la victoria militar de los años treinta, consolidado tras una dura represión, e impulsor de una socialización

en valores antidemocráticos, desmovilizadores y antipartidistas; era, obviamente la única experiencia política conocida para un 70 por ciento de la población. (iii) El proceso de industrialización de los años sesenta, que originó cambios estructurales de largo alcance en la actividad económica, la distribución de la renta, la urbanización, la estratificación social, la educación y los estilos de vida. (iv) La descomposición política del franquismo, iniciada en los primeros años setenta, que puso de manifiesto problemas graves de legitimidad del régimen autoritario, evidenció su falta de apoyo en sectores crecientes de la población y abrió las expectativas sobre la sucesión de un dictador ya físicamente deteriorado y sobre un posible cambio de régimen. Y (v) la instauración paulatina y pacífica de un sistema democrático a partir de 1976, que amplió los márgenes de libertad e información y consagró nuevas reglas del juego político.

La evidencia empírica sobre las actitudes políticas de los españoles bajo el franquismo es escasa. De las pocas encuestas realizadas a finales de los años sesenta y principios de los setenta cabe señalar que los españoles carecían entonces de una cultura política en sentido estricto. La mayoría de la población (entre el 50 y el 55 por ciento) compartía unas actitudes políticas muy elementales: estaban basadas en la desinformación sistemática, mantenidas por la simplificación absoluta en los asuntos públicos y transmitidas intergeneracionalmente por las experiencias cotidianas. Esta mayoría "indiferente" o "ausente", como ha sido denominada, contemplaba la política con recelo y desconfianza, cuando no con miedo; respondía a estímulos políticos inmediatos de forma defensiva y autoritaria; y reflejaba las ideas recibidas del apoyo a las autoridades existentes y del rechazo al pluralismo político. Junto con este bloque mayoritario coexistían dos culturas minoritarias. La cultu-

ra de identificación activa con el régimen de Franco abarcaba a un 15 por ciento de la población; sus rasgos más característicos eran los del autoritarismo, el dogmatismo y la intolerancia. En el otro extremo, la cultura de la alienación con el franquismo acogía a un sector que oscilaba entre la tercera y la cuarta parte de la población; se trataba de los españoles más tolerantes y moderados, los mejores informados y los más interesados, que eran también los más jóvenes y los mejores educados (López Pintor, 1982; López Pina y Aranguren, 1976; Gómez Reino et al., 1976).

A mitad de los años setenta, la descomposición política del franquismo y la inmediata transición democrática comenzaron a producir cambios significativos. En general, las alternativas básicas en esos momentos giraban alrededor de la democracia *versus* el autoritarismo. Los datos de encuesta sobre

las actitudes hacia los principios democráticos y autoritarios muestran tanto la debilidad actitudinal del autoritarismo como el crecimiento del apoyo a los principios democráticos (Cuadro 1). Aunque la base social del franquismo era relativamente amplia, la identificación activa con el régimen resultaba claramente minoritaria. Ambos factores facilitaron la "resurrección" o la "reemergencia" de la sociedad civil, que puso progresivamente en evidencia un pluralismo ideológico latente y que hizo cada vez más visibles estados de opinión favorables a una mayor democratización (López Pintor, 1987; Pérez Díaz, 1990). Esta "reemergencia" fue además posible gracias a la preservación de ciertos valores democráticos bajo la dictadura (Maravall, 1978). Su exteriorización durante la crisis del franquismo, cuando el cambio democrático era inminente, reforzó el realineamiento actitudinal de la población. Fue también

CUADRO 1: Evolución de las actitudes sobre los principios democráticos y autoritarios de gobierno. 1966-1982.- (En porcentajes)

Actitud	1976	1974	1976		1979	1980	1981	1982
			enero	mayo				
Es mejor que una sola persona decida por nosotros	11	18	24	8	9	9	8	7
Es mejor que la decisión la tome un grupo de personas elegidas por los ciudadanos	35	60	56	78	76	77	77	81
No sabe, no contesta	54	22	20	14	15	14	15	12
(n)	(2.544)	(-)	(2.432)	(1.448)	(1.201)	(1.190)	(2.394)	(1.200)

Fuentes: Para 1966-1980, López Pintor (1982: 84); para 1981 y 1982, Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

entonces cuando aumentaron los procesos de resocialización adulta en el seno de los *peer groups* y de las organizaciones estudiantiles, sindicales, profesionales y partidistas. Frente a los contenidos de apatía y desconfianza socializados durante el franquismo a través de la familia y la escuela, la resocialización adulta permitió a muchos españoles equiparse *ex novo* de valores democráticos. De este modo, las actitudes de los españoles en los últimos años del franquismo se caracterizaban ya por un cierto apoyo mayoritario a los valores democráticos. En 1975, por ejemplo, las expectativas sobre el futuro de España se dirigían ya decididamente hacia una democracia de tipo occidental (Montero y Torcal, 1990a).

#### Pautas de moderación electoral e ideológica

Estas actitudes favorecían la legitimidad del futuro sistema democrático, pero no la garantizaban. Aunque los apoyos de masas a las nuevas instituciones y a las políticas democráticas dependían de muchos factores, el comportamiento de las élites políticas resultó absolutamente decisivo. A través de negociaciones interpartidistas consensuales, pragmáticas y despolarizadoras, los nuevos líderes fueron capaces de conducir con éxito el curso de la transición y de dotar al mismo tiempo de dosis elevadas de legitimidad al sistema político (Linz, 1987; Gunther, 1992). Sin embargo, la selección de estas élites políticas dependía a su vez de las opciones electorales de los ciudadanos.

El comportamiento electoral de los españoles se ha caracterizado por su moderación. Las cinco elecciones nacionales celebradas hasta el momento para el Congreso de los Diputados pueden dividirse en dos periodos (Cuadro 2). En ambos casos las preferencias políticas se han dirigido mayoritariamente a partidos moderados de centro-derecha o de centro-izquierda, mien-

tras que las opciones extremistas han recibido apoyos electorales minoritarios, salvo en el País Vasco. En el primer período (elecciones de 1977 y 1979) surgieron los Gobiernos minoritarios de UCD, el partido de centro derecha que dirigió la política consensual de la transición. El sistema resultante era pluripartidista moderado, de tendencias centristas, con una polarización menor que las democracias del Sur de Europa y con dos partidos en los extremos de la izquierda y de la derecha que no podían ser catalogados de antisistema. El segundo período electoral (elecciones de 1982, 1986 y 1989), en cambio, ha contemplado la presencia en el Gobierno del PSOE; un partido de centro-izquierda que ha gozado de tres mayorías absolutas consecutivas. La alternancia gubernamental se produjo en 1982, en unas elecciones que podrían ser calificadas como *críticas*: significaron un profundo realineamiento electoral y produjeron el más elevado índice de volatilidad de los últimos cien años en Europa (Linz y Montero, 1986). El nuevo mapa partidista conoció cambios importantes en todos y cada uno de sus elementos, y también en sus interacciones competitivas. Desde entonces el sistema de partidos parece encajar en el modelo de partido predominante: aunque el dominio electoral del PSOE ha ido descendiendo, todavía en 1989 se encuentra a una distancia considerable del Partido Popular (PP), un partido conservador que lidera una oposición fragmentada e ideológicamente dividida (Montero, 1988; Rodríguez Aguilera, 1988<sup>(2)</sup>).

(2) Estas pautas de interacción partidista se complican por la presencia en el nivel nacional de los partidos nacionalistas o regionalistas, que a su vez ocupan posiciones estratégicas en los sistemas diferenciados de partidos de sus respectivas regiones: son los casos al menos del País Vasco, Cataluña, Navarra, Galicia, Aragón y Canarias, que resultan excepcionales en Europa (Vallés, 1987; Montero y Torcal, 1990b).

CUADRO 2: Votos y escaños en las elecciones legislativas en España, 1977-1989

PRIMER PERIODO ELECTORAL					
Partido	1977		1979		
	Votos (%)	Escaños	Votos (%)	Escaños	
PCE	9,3	20	10,8	23	
PSOE	29,9	118	30,5	121	
UCD	34,8	167	35,5	168	
AP	8,4	16	6,1	9	
PNV	1,7	8	1,6	9	
CiU	3,7	11	2,7	8	
Otros	12,2	10	13,2	14	
Total	100	350	100	350	

SEGUNDO PERIODO ELECTORAL						
Partido	1982		1986		1989	
	Votos (%)	Escaños	Votos (%)	Escaños	Votos (%)	Escaños
IU	3,9	4	4,7	7	9,1	17
PSOE	47,3	202	44,1	184	39,6	175
CDS	2,8	2	9,2	19	7,9	14
UCD	6,2	11	-	-	-	-
PP	25,9	107	26,1	105	25,8	107
PNV	1,8	8	1,5	6	1,2	5
CiU	3,6	12	5,0	18	5,0	18
Otros	8,5	4	9,4	11	11,4	14
Total	100	350	100	350	100	350

La moderación de las preferencias electorales de los españoles se encuentra también en el ámbito ideológico. Esta moderación abarca a diferentes sectores sociales, cohortes de edad y grupos de votantes, y ha demostrado una gran continuidad desde los inicios de la transición. La autoubicación de los españoles en una escala izquierda-derecha permite comprobar sus preferencias por las posiciones centrales del espectro ideológico (Cuadro 3). Pese a los cambios en las opciones partidistas, su distribución modal a lo largo del tiempo ha experimentado sólo algunos cambios menores, en el sentido del crecimiento de las posiciones de centro-izquierda a costa de las del centro. Las

posiciones extremistas se encuentran escasamente pobladas tanto en la izquierda como sobre todo en la derecha. La izquierda y el centro-izquierda superan a sus *counterparts* del centro-derecha y de la derecha. Esta distribución facilita la competición centrípetra entre los partidos, y ha permitido el acceso al Gobierno de partidos moderados como la UCD y el PSOE. Además, el electorado español se encuentra, comparativamente, entre los menos conservadores de Europa: comparte con los de Italia, Grecia, Portugal y Francia -es decir, la Europa del Sur- unas posiciones ideológicas claramente orientadas hacia el centro-izquierda (Montero y Torcal, 1990a).

La moderación ideológica ha caracterizado también a las distintas subculturas partidistas, con la excepción parcial de los partidos antisistema en el País Vasco (Linz et al., 1986; Llera, 1986). Las orientaciones políticas de los diferentes grupos de votantes están resumidas en sus posiciones medias en escala izquierda-derecha, que tampoco han sufrido cambios significativos en los

últimos diez años (Cuadro 4). La proximidad ideológica de los votantes del PSOE a la posición media de los españoles es una condición necesaria de su éxito electoral, mientras que el conservadurismo del PP dificulta su expansión entre unos votantes mayoritariamente reformistas y de centro-izquierda. De otra parte, las posiciones atribuidas a los partidos por los ciudadanos

CUADRO 3: Autoubicación del electorado español en la escala ideológica izquierda-derecha, 1976-1989 (\*) (En porcentajes)

	1976	1977	1979	1982	1986	1989
Izquierda	5	4	10	9	9	8
Centro-izquierda	13	17	26	32	35	26
Centro	38	41	36	28	23	22
Centro-derecha	13	15	9	16	8	9
Derecha	9	4	3	3	3	3
No respuesta	22	19	16	12	22	32
Media ( $\bar{x}$ )	5.6	5.5	4.8	4.8	4.4	4.7
(n)	(6.342)	(8.857)	(5.439)	(5.463)	(6.573)	(3.371)

(\*) La izquierda incluye las posiciones 1 y 2 de una escala con diez posiciones; el centro-izquierda, la 3 y 4; el centro, 5 y 6; el centro-derecha, 7 y 8; y la derecha, 9 y 10

Fuentes: Para 1976 y 1977, Linz et al. (1981: 372); para 1979 y 1982, Encuestas DATA; para 1986 y 1989 Banco de Datos del CIS.

CUADRO 4: Autoubicación de los votantes de partidos, y posiciones atribuidas a los partidos en escalas ideológicas izquierda-derecha, 1978-1989\*

	Autoubicación de los votantes de los partidos					Posiciones de los partidos por el electorado					Total	(n)
	PCE	PSOE	CDS	UCD	PP	PCE	PSOE	CDS	UCD	PP		
1978	2.6	3.8	-	5.6	7.7	2.5	3.8	-	6.0	8.5	4.7	(5.898)
1979	2.7	3.9	-	5.9	7.0	2.2	3.7	-	7.0	8.0	4.7	(5.439)
1982	2.3	3.8	5.4	5.6	7.2	1.8	3.5	5.7	6.2	8.5	4.8	(5.463)
1986	2.5	3.6	5.2	-	7.4	2.0	3.8	5.5	-	8.5	4.5	(6.573)
1989	2.6	3.8	5.3	-	7.2	2.2	4.1	6.0	-	8.4	4.7	(3.371)

(\*) Las cifras son posiciones medias en escalas de diez puntos.

Fuentes: Linz et al. (1981: 368) para 1978; Encuestas DATA para 1979 y 1982; y Banco de Datos del Cis para 1986 y 1989.

sincretizan adecuadamente sus respectivos perfiles ideológicos. Las posiciones suelen estar algo más alejadas del centro que las de los propios votantes, facilitando también de este modo la competencia centripeta entre los principales partidos. Los niveles de polarización ideológica, cuyo índice de distancia es de los más elevados de Europa, quedan así reducidos hasta límites aceptables para el sistema político (Sani y Montero, 1986).

**Legitimidad y eficacia del sistema político**

El nuevo sistema democrático disfrutó de una elevada legitimidad desde los momentos iniciales de la transición. Entre tres cuartas partes y dos terceras partes de los españoles entrevistados entre 1978 y 1980 expresaban su acuerdo con la afirmación de que "la democracia es el mejor sistema para un país como el nuestro". En 1981, poco después del intento del golpe de Estado, la proporción de quienes apoyaban la legitimidad democrática se elevó al 81 por ciento; y en 1982, tras la victoria electoral del PSOE, se mantuvo prácticamente en un elevado 74 por ciento<sup>(3)</sup>.

La utilización de otro indicador semejante revela que las preferencias por el sistema democrático no han sufrido grandes cambios desde 1980 (Cuadro 5). La democracia y las instituciones democráticas parecen gozar de un importante consenso básico, que se proyecta también en la inexistencia de alternativas. Las principales oscilaciones no se han producido entre los partidarios de la democracia y los del régimen autoritario, sino entre los primeros y quienes han ocul-

(3) Estos datos proceden de Linz et al. (1981, p. 627) y de la encuesta DATA 1982, que se llevó a cabo a una muestra nacional de 5.463 casos, puede verse al respecto Linz y Montero (1986). Una parte de los datos y de los argumentos de esta sección ha sido considerada con mayor extensión en Montero (1992).

tado su inseguridad e indiferencia en la no respuesta (sobre todo, en 1980). En cambio, las preferencias hacia un régimen autoritario o una dictadura han sido relativamente minoritarias. Sus principales defensores se encuentran entre el electorado conservador. Aunque se trata de un sector minoritario, esta distribución subraya una de las peculiaridades del conservadurismo español con respecto a otros partidos conservadores europeos y refleja una de las dificultades del PP para su crecimiento electoral.

Le legitimidad concedida al nuevo sistema democrático tuvo a su favor una condición esencial para su afianzamiento: la identificación con el régimen autoritario y la lealtad a Franco no llegaron en ningún momento a constituir una legitimidad alternativa (McDonough et al., 1986). Además, a medida que transcurría el tiempo, el franquismo se difuminaba en el recuerdo de los españoles adultos, mientras que el período democrático ganaba adeptos. Así, en 1985, cuando se cumplía el décimo aniversario de la muerte de Franco, el franquismo era un recuerdo más bien lejano y borroso para el 52 por ciento de los españoles. Y en 1988 un 67 por ciento escogía la democracia actual como el mejor período de la historia española de los últimos 50 o 60 años: sólo un 12 por ciento optó por la época de Franco<sup>(4)</sup>. Aún así, en los años de la transición subsistía lógicamente el temor de que tanto la lealtad a Franco como los juicios positivos sobre el franquismo impidiesen la legitimidad del nuevo régimen o los apoyos a las nuevas instituciones democráticas. Como entonces era usual decir, la construcción de una democracia sin demócratas presentaba serias dificultades: podía malograr la transición, o,

(4) Los datos de 1985 corresponden a una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) realizada en mayo y junio de ese año a 2.488 españoles; los de 1988 corresponden también a una muestra de 2.488 españoles realizada en setiembre de ese año.

CUADRO 5: Legitimidad de la democracia en España, 1980-1989. (En porcentajes)

	1980	1984	1985	1987	1988	1989
La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno	49	69	70	71	72	68
En algunas circunstancias un régimen autoritario, una dictadura, puede ser preferible al sistema democrático	10	11	10	12	10	10
A las gentes como yo, lo mismo nos da un régimen que otro	8	11	9	11	10	10
No sabe, no contesta	33	9	11	6	8	12
(n)	(3.457)	(2.490)	(2.498)	(2.490)	(2.488)	(3.371)

Fuente: Banco de Datos del CIS

si se consiguiera, dilatar excesivamente la fase de consolidación democrática.

Estas dificultades, sin embargo, fueron menores de lo que se pensaba. Linz y otros (1981, p. 613) han subrayado que la memoria de Franco perduraba y hasta cierto punto dividía a los españoles, pero que la suerte de la democracia no llegó a depender de los restos de legitimidad del régimen autoritario. Por distintas razones históricas, la valoración de Franco resultaba más ambigua que la de otros dictadores coetáneos. Y el juicio sobre el franquismo se efectuaba similarmente con una cierta ambivalencia. De hecho, sólo un muy reducido 4 por ciento de la población se mostraba totalmente partidaria de Franco y mantenía a la vez una

clara postura antidemocrática (Linz et al., 1981, p. 614). De este modo, un sector mayoritario de quienes valoraban positivamente a Franco y se identificaban ideológicamente con el franquismo estaba dispuesto a sustentar la legitimidad del nuevo sistema<sup>(5)</sup>.

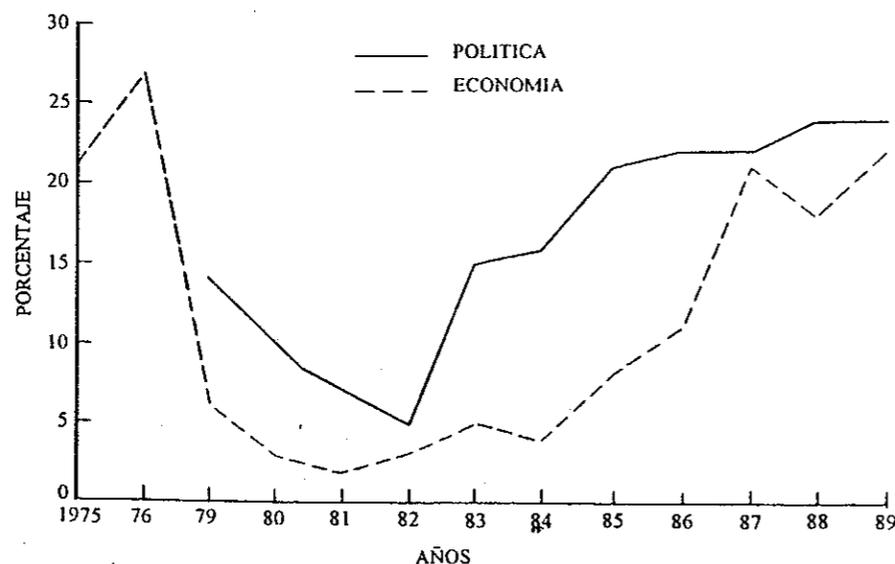
(5) Pueden completarse estos datos sobre el franquismo señalando que en 1991 las valoraciones negativas sobre la "labor desarrollada por Franco" llegaban al 46 por ciento (frente a sólo un 17 por ciento de positivas y un 26 por ciento de neutrales), y que las opiniones negativas globales sobre el franquismo eran mantenidas por un similar 48 por ciento (frente a un 15 por ciento de opiniones positivas). Estos datos proceden de la encuesta realizada por el Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social (CIRES) en junio de 1991 a una muestra representativa nacional de 1.200 casos.

El principal problema para la legitimidad democrática consistió, según numerosos analistas, en la creciente ineficacia gubernamental en los años 1978-1982. Los débiles Gobiernos minoritarios de UCD fueron incapaces de afrontar los retos de una grave crisis económica, una violencia terrorista en aumento y una política regional errática. Las valoraciones de las situaciones política y económica registraron niveles realmente bajos, que sólo se superaron a partir de 1982 con la llegada del PSOE al Gobierno (Gráfico 1). Existía además una generalizada creencia en que la ineficacia de UCD estaban disminuyendo considerablemente la legitimidad inicial del sistema. El hecho de que se produjera precisamente durante la fase de la consolidación aumentaba los temores de quienes consideraban a la legitimidad y a la eficacia factores fundamentales para la estabilidad política del nuevo régimen. Sin embargo, la legitimidad democrática no resultó aparentemente erosionada

por el descontento económico o por el pesimismo político. Pero es probable que el mantenimiento de los niveles básicos de la legitimidad se compatibilizara con un descenso dramático en la intensidad de los apoyos a la democracia. Ello posibilitó situaciones de *desencanto* y de *desalineamiento*, pero no incrementó el apoyo a soluciones antidemocráticas (Linz, 1989; Maravall y Santamaría, 1986).

Podemos considerar las relaciones entre legitimidad y eficacia en España (y, a efectos comparados, en los restantes países de la Europa del Sur) desde una última dimensión (Morlino y Montero, 1992). Consistiría en aplicar a los ciudadanos la combinación de legitimidad y eficacia que Lipset (1987, p. 70) realizó en los años sesenta para clasificar a los países en cuatro grandes bloques. Ello posibilitaría la formación de cuatro grupos de ciudadanos en función de sus actitudes sobre la legitimidad y eficacia democráticas,

GRAFICO 1. Evolución de las valoraciones positivas de las situaciones económica y política, 1975-1989



Fuente: Bancode Datos del CIS.

a los que convencionalmente cabría denominar, siguiendo algún precedente (Linz et al., 1981), como *demócratas*, *satisfechos*, *críticos* y *antidemócratas*. El resultado se halla recogido en el Gráfico 2. La distribución de los distintos grupos en los cuatro países de la Europa del Sur proporciona un apoyo decisivo, a nuestro juicio, a las interpretaciones que han subrayado la falta de relación causal inmediata entre la ineficacia y la pérdida de legitimidad en las nuevas democracias (Di Palma, 1984 y 1990). En muchas ocasiones, la afirmación de la ineficacia democrática o la expresión de sentimientos de insatisfacción por su funcionamiento están enraizadas en motivos de desacuerdo ideológico o partidista con las autoridades gubernamentales. En otras, el reconocimiento de la continuidad de problemas graves y de la incapacidad de los líderes políticos para resolverlos afecta sólo marginalmente el consenso mayoritario so-

bre la legitimidad del régimen. Los casos de la Europa del Sur suponen así una demostración relevante de la falta de relaciones transitivas y lineales existentes entre la legitimidad, la eficacia y la efectividad. Y el caso concreto de España ilustra aún mejor la subsistencia de la legitimidad básica de una nueva democracia pese a la acumulación de problemas irresueltos en una fase crítica de la consolidación: como se deduce del Cuadro 6, los españoles distinguieron entre el régimen y el rendimiento de los Gobiernos, y atribuyeron sus dificultades a muchos otros factores independientes del propio régimen o de los diferentes gobiernos.

A partir de 1982 la mayoría absoluta del PSOE en el Congreso y la formación de un Gobierno homogéneo supusieron una especie de consolidación plebiscitaria de la democracia, lo que repercutió inmediatamente, como ya ha podido comprobarse en el

CUADRO 6: Legitimidad y eficacia en España, 1978-1989: una tipología\* (En porcentajes).

	1978	1980	1985	1989
Demócratas	74	46	75	76
Críticos	11	32	12	11
Satisfechos	3	4	7	6
Antidemócratas	12	18	6	7
(n)	(5.190)	(4.784)	(1.926)	(2.472)

(\*) Los *demócratas* expresan preferencia por el sistema democrático y creen que el de España es eficaz; los *críticos* aceptan la legitimidad, pero no la eficacia de la democracia; los *satisfechos*, por el contrario, aceptan la eficacia, pero no la legitimidad; y los *antidemócratas* rechazan tanto la legitimidad como la eficacia.

Fuentes: Para 1978 y 1980, adaptado de Linz et al (1981: 628); para 1985 y 1989, Banco de Datos del CIS.

GRAFICO 2: LEGITIMIDAD Y EFICACIA EN LOS PAISES DEL SUR DE EUROPA, 1985 (\*)

		+ EFICACIA		-	
+ LEGITIMIDAD	<b>Demócratas</b>			<b>Críticos</b>	
	Italia	65		Italia	19
	Grecia	84		Grecia	11
	Portugal	77		Portugal	9
	España	75		España	12
	<b>Satisfechos</b>			<b>Antidemócratas</b>	
	Italia	7		Italia	9
	Grecia	3		Grecia	2
Portugal	10		Portugal	4	
España	7		España	6	
-					

Fuente: Morlino y Montero (1992).

Gráfico 1, en las expectativas económicas y políticas manifestadas por los ciudadanos. Sólo un 16 por ciento se mostraba ahora en desacuerdo con la eficacia democrática, y se había doblado la proporción de quienes creían que los problemas del país iban a solucionarse<sup>(6)</sup>. En la actualidad, las percepciones sobre la eficacia del régimen son razonablemente elevadas, y comparables a las de otros países del Sur de Europa (Cuadro 7). Los niveles de satisfacción con la democracia son también elevados, y se mueven en torno a la media de los países de la CEE (con la excepción negativa de Italia). De acuerdo con los datos de numerosas encuestas, los motivos principales de la insatisfacción parecen cifrarse mayoritariamente en la incapacidad del sistema democrático tanto para respetar los derechos y libertades fundamentales, como para procurar el bienestar eco-

(6) Estos datos proceden de la Encuesta DATA 1982, citada anteriormente, y de la realizada por el CIS en octubre de 1982 a una muestra de 1.200 españoles mayores de edad.

nómico de los ciudadanos. Pero las variables que explican en mayor medida la distribución en los niveles de satisfacción con la democracia son las ideológicas y las partidistas; de forma similar a sus opiniones sobre la legitimidad democrática, dos de cada tres votantes del conservador PP y de quienes se autoubican en las posiciones de centro-derecha se muestran insatisfechos con el funcionamiento de la democracia.

**Interés por la política y participación política**

Junto con la moderación ideológica y el apoyo a los principios democráticos, un tercer rasgo destacable en las actitudes políticas de los españoles radica en su pasividad política. Incluso ha llegado a afirmarse que la apatía y la baja participación son los elementos definidores de la cultura política de los españoles (Botella, 1992). Cuando a finales de los años setenta se detectó este síndrome de actitudes políticas, muchos analistas lo pusieron en relación con el desencanto causado por la ineficacia guber-

namental de UCD y lo atribuyeron a la proximidad temporal con el franquismo. Se pensaba entonces que la brevedad de la experiencia democrática había condicionado el aprendizaje de actitudes participativas, que serían ya factibles cuando los procesos de socialización o resocialización dispusieran de algún tiempo. Más de diez años después, sin embargo, la situación no parece

haber cambiado sustancialmente: ni el paso del tiempo ni una alternancia gubernamental (que ha aumentado las percepciones sobre los rendimientos democráticos) han transformado la pasividad política de los españoles.

Es probable que una de sus características consista en la integración de actitudes de

CUADRO 7: Eficacia de la democracia y satisfacción con ella en España, 1978-1989, y en Portugal, Grecia e Italia. 1985-1989 (En porcentajes)

	España			Portugal		Grecia		Italia		
	1978	1985	1989	1985	1989	1985	1989	1985	1989	
<b>Eficacia</b>										
Funciona bien	-	9	15	4	-	35	-	4	-	
Tiene muchos defectos pero funciona	-	60	55	65	-	46	-	61	-	
Funciona cada vez peor, y de seguir así no funcionará en absoluto	-	20	18	12	-	14	-	28	-	
No respuesta	-	11	12	19	-	5	-	7	-	
(n)		(2.498)	(3.371)	(2.000)		(1.998)		(2.074)		
<b>Satisfacción (*)</b>										
Satisfecho	37	51	57	34	57	51	52	28	27	
Insatisfecho	42	38	36	53	35	42	42	69	71	
No respuesta	21	11	7	13	8	7	6	3	2	
(n)	(1.183)	(1.003)	(1.001)	(1.000)	(1.000)	(1.000)	(1.000)	(1.047)	(1.021)	

(\*) Se han agregado las categorías de "muy" y "bastante" en la de satisfecho, y de "poco" y "nada" en la de insatisfecho.

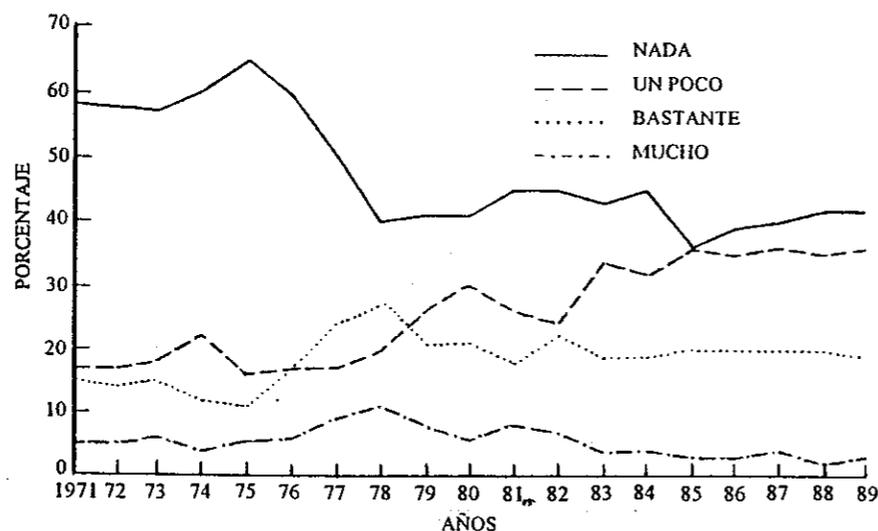
Fuentes: Los datos de España de eficacia en 1989 y de satisfacción en 1978 proceden del Banco de Datos del CIS; los de eficacia de los otros tres países en Morlino y Montero (1992). Los restantes datos de satisfacción para los cuatro países se han recogido del Eurobarómetro 31 (junio de 1989).

apoyo a los valores democráticos con actitudes expresivas de pasividad y apatía. La evidencia empírica proporcionada por numerosos indicadores parece evidenciar este hecho. Así, por ejemplo, proporciones constantes de alrededor del 75 por ciento se han venido considerando desde 1977 poco o nada al corriente de lo que pasa en política. Entre los sentimientos que suscita la política abundan los de indiferencia y aburrimiento. Datos de encuesta desde 1980 revelan que sólo alrededor de una tercera parte de los españoles selecciona términos positivos (como los de entusiasmo, pasión y, sobre todo, interés) de una lista que recoge diferentes sentimientos hacia la política; un 20 por ciento siente la política en términos de desconfianza, irritación y disgusto, mientras que una mayoría (que además ha crecido durante los últimos años y que supera a otros países de la Europa del Sur) escoge los términos de la indiferencia y especialmente del aburrimiento. Estos elementos

actitudinales no son exclusivos de España, aunque los españoles parecen destacar por la mayor incidencia relativa de la desimplicación política.

Todo ello tiene un reflejo directo en el clásico indicador del interés por la política. En general, los españoles tampoco se distinguen de los ciudadanos occidentales en lo que hace al papel secundario que la política ocupa en sus vidas (Van Deth, 1989). Pero los españoles destacan a causa de su mucho más acentuado desinterés global. Pese a los cambios políticos e institucionales ocurridos durante los últimos veinte años, el interés político se ha mantenido en niveles realmente bajos (Gráfico 3): sólo alrededor de uno de cada cuatro españoles señala algún tipo de interés (mucho y bastante) sobre la política. El único crecimiento relativo se produjo durante los primeros años de la transición, descendiendo un tanto cuando la victoria electoral del PSOE supuso la

GRAFICO 3. Evolución del interés por la política en España 1971-1989



Fuente: Bancode Datos del CIS.

consolidación definitiva del sistema democrático. Sin embargo, alrededor del 40 por ciento de los españoles manifiesta desde entonces carecer por completo de interés respecto a la política, y entre el 70 y el 80 por ciento declaran tener poco y ningún interés político.

El desinterés básico de los españoles tiene repercusiones de cierta importancia respecto de la evaluación que hacen de la política y de los políticos. También en general, el desinterés político está estrechamente asociado con sentimientos de impotencia y confusión sobre los problemas políticos (Gunther, 1988, p. 15). Datos de encuesta de los últimos diez años revelan unos llamativamente escasos sentimientos de eficacia política: dos terceras partes de los españoles se muestran de acuerdo con la afirmación de que "la política es tan complicada que personas como yo no pueden entender lo que pasa". Proporciones similares están también de acuerdo con la afirmación de que "en política la gente como yo lo único que puede hacer es votar". Esta ineficacia política se proyectaba así en dos dimensiones interrelacionadas: la incapacidad para actuar políticamente y la falta de receptividad del sistema para las demandas de los ciudadanos. Además, esos elevados sentimientos de ineficacia están acompañados de otras percepciones similarmente altas de cinismo político. A lo largo de los últimos años, las proporciones de quienes mantienen opiniones positivas sobre los políticos profesionales y las actividades de los políticos han ido disminuyendo. En cambio, dos terceras partes están de acuerdo en que los políticos actúan sólo en defensa de los intereses partidistas o personales, no sienten lo que dicen y no se preocupan mucho de lo que piensan los españoles<sup>(7)</sup>.

Las culturas políticas de algunas democracias occidentales comparten con la española distribuciones similares de desconfianza y cinismo políticos (Maravall, 1984, p. 109). Pero parecen diferenciarse por la menor disposición para la movilización y por los menores niveles de participación de la española. En España podían detectarse unos escasos recursos para actuar contra normas percibidas como injustas y perjudiciales. Los sentimientos de ineficacia llevaban a considerar las decisiones políticas como ajenas, y a responder con cierta resignación ante sus consecuencias. Esta especie de fatalismo podía comprobarse en que sólo un 22 por ciento en 1980 señalaba que podría hacer algo contra una decisión local injusta y perjudicial, y un 20 por ciento contra una decisión nacional. Aunque por entonces la brevedad de la experiencia democrática justificaba los débiles niveles de competencia política subjetiva, el paso del tiempo tampoco ha aportado cambios significativos. En 1989 sólo un 13 por ciento creía que podía influir en las decisiones que adopta el Gobierno nacional, un 14 por ciento en las de los Gobiernos regionales y un 18 por ciento en las de los Ayuntamientos<sup>(8)</sup>.

Tampoco el paso del tiempo ha traído cambios en la participación política de los ciudadanos españoles. La implicación en organizaciones políticas o sociales y el compromiso en actividades participativas han continuado en los mismos bajos niveles del comienzo de la transición. En 1981 España era, junto con Italia y Francia, el país europeo cuya población presentaba una menor tasa de asociacionismo voluntario. Esta debilidad asociativa de los españoles se había incluso reducido en términos proporcionales diez años después<sup>(9)</sup>. Un sector considera-

(8) Estos datos proceden de sendas encuestas del CIS de 1980 y 1989.

(7) Estos datos proceden de las encuestas DATA, 1979 y 1982, y de numerosas encuestas del CIS desde 1978.

(9) Según los datos recogidos por la European Values Survey para 1981, por la ya citada encuesta del CIS de 1989 y por Orizo (1991).

ble de quienes forman parte de alguna organización lo hacen perteneciendo a asociaciones recreativas, deportivas o culturales. La afiliación a los sindicatos es, junto con la de Italia, una de las más bajas de Europa: pese a su visibilidad social en virtud de las prácticas neocorporativas, las proporciones de afiliación sindical oscilan alrededor del 7 por ciento. La afiliación a los partidos políticos es también sumamente reducida: aunque probablemente llegara a alcanzar a un 5-6 por ciento a finales de los años setenta, se ha venido manteniendo desde entonces, sin embargo, en torno al 3 por ciento<sup>(10)</sup>. La debilidad organizativa de los partidos se encuentra además potenciada por su escasa presencia en el electorado, incluso en los niveles psicológicos y actitudinales. La identificación partidista manifiesta también unos niveles realmente bajos (Schmitt, 1989).

Finalmente, la participación de los españoles en la política se realiza, como cabía esperar, en niveles inferiores a los de otras sociedades democráticas. La participación electoral media de las cinco elecciones legislativas celebradas hasta 1989 se encuentra entre las más bajas de Europa (Montero, 1984). Una comparación de algunas actividades de participación de los españoles y los de una selección de países europeos muestra tanto las diferencias entre ambos como la continuidad básica en el comportamiento participativo de los españoles (Cuadro 8). Las diferencias son considerables en las actividades de información y comunicación políticas, que se vinculan con los también distintos niveles de eficacia política y de competencia política subjetiva. Y aunque disminuyen un tanto en las actividades que requieren mayor iniciativa, siguen siendo,

(10) Estos datos proceden de Montero (1981); y de las encuestas de *European Values Survey*, 1981, y del CIS, 1985 Y 1989, citadas con anterioridad.

pese a ello, importantes. De otra parte, la desigualdad política implícita en los mecanismos de participación está estrechamente asociada con la desigualdad social. Es cierto que ambas dimensiones suelen aparecer conjuntamente en los sistemas democráticos; pero en España lo hace de forma llamativa, puesto que la desigualdad superaba en 1980 la relación de 1 a 2 (Maravall, 1984, p. 118). La restricción básica de la actividad política a los grupos sociales de status superiores provoca una serie de consecuencias importantes. Con respecto a la configuración de las actitudes políticas, refuerza los ya de por sí extendidos sentimientos de desconfianza e ineficacia políticas y justifica la escasa disposición participativa. Y con respecto al propio sistema político, dificulta su capacidad de respuesta e impide una articulación efectiva de los intereses.

A modo de conclusión, cabría decir, por lo tanto, que sectores sustanciales de la población española carecen de interés político, se manifiestan al margen de la vida política, se consideran políticamente ineficaces y muestran un marcado escepticismo crítico hacia unos políticos con los que no se sienten identificados. Se ha calificado como cinismo democrático la combinación de este conjunto de actitudes con las concepciones positivas sobre la legitimidad de la democracia (Maravall, 1984). Otros autores (Botella, 1992), sin embargo, han planteado la posibilidad de invertir, si fuera lingüísticamente posible, ambos términos, ya que la expresión *democratismo cínico* sería más apropiada: designaría la mezcla de legitimidad democrática, desconfianza, escepticismo, ineficacia personal y opiniones críticas sobre la sinceridad, la honradez o las motivaciones de los políticos. Muchas de estas actitudes deben en parte su configuración al legado cultural del franquismo. La socialización en los valores de despolitización y apatía se basaba, entre otras cosas, en una doble ca-

CUADRO 8: Actividades de participación política en España, 1980-1986, y en algunos países europeos. 1974\*

Actividad	España			Países europeos, 1974(**)
	1980	1983	1986	
Lee las secciones políticas de los periódicos	25	28	26	65
Discute de política con otras personas	21	29	27	46
Trata de convencer a sus amigos para que voten como él	7	9	8	15
Trabaja con otras personas para tratar de resolver problemas locales	8	8	8	16
Acude a mitines políticos	8	8	7	12

(\*) Las cifras son porcentajes de quienes llevan a cabo "con frecuencia" y "a veces" cada una de esas actividades.  
 (\*\*) Las cifras son proporciones medias de Holanda, el Reino Unido, la República Federal de Alemania y Austria.

Fuentes: Para España, Banco de Datos del CIS; para los países europeos, Barnes, Kaase, et al. (1979: 541-542).

racterización de la política en términos de corrupción y de los políticos como profesionales de la falsedad. Pero todos ellos forman parte también de un síndrome actitudinal más amplio, en el que se incluyen actitudes y creencias básicas: así, por ejemplo, los bajos niveles de confianza interpersonal y de creencia en la propia capacidad personal para dominar el entorno. Aunque esos niveles sean similares a los de otros países europeos, pueden alcanzar mayor relevancia al combinarse con unas elevadas dosis de anomia social. Como se ha apuntado, la sucesión de los cambios económicos, sociales y políticos vividos por los españoles en las dos últimas décadas contribuye a que perciban la realidad social y política con elementos de desconcierto e inaccesibilidad (Benedicto y

Requena, 1988). Sobre este telón de fondo se dibujan los perfiles característicos de la cultura política de los españoles. Sus repercusiones superan los ámbitos colectivos de las decisiones políticas y las esferas individuales de los ciudadanos. Además, afecta probablemente a la propia "calidad" del sistema democrático. Por indeterminado que sea el concepto, se vincula con la indiferencia crítica pero inarticulada de los españoles ante numerosas cuestiones públicas, lo que a su vez se proyecta en muchas dimensiones de la vida política, partidista y parlamentaria. Pero la apatía, la indiferencia, la insolidaridad y la ineficacia para la acción colectiva resultan incompatibles con una participación efectiva que institucionalice un auténtico pluralismo dinámico (Linz, 1990).

## Bibliografía

- BARNES, S.H., KAASE, M., et al. 1979. *Political action. Mass participation in five western democracies*. Beverly Hills: Sage.
- BENEDICTO, J. y REQUENA, M. 1988. *Relaciones interpersonales: actitudes y valores en la España de los ochenta*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- BOTELLA, J. 1992. "La cultura política en la España democrática", de próxima publicación en R. Cotarelo, ed., *La consolidación democrática en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- DIPALMA, G. 1984. "Government performance: an issue and three cases in search of theory", en G. Pridham, ed., *The new mediterranean democracies: regime transition in Spain, Greece and Portugal*. Londres: Frank Cass.
- DIPALMA, G. 1990. *To craft democracies. An essay on democratic transitions*. Berkeley: University of California Press.
- GOMEZ REINO, M., ORIZO, F.A. y VILA, D. 1976. "Sociología Política", en Fundación FOESSA, *Estudios sociológicos sobre la situación social de España, 1975*. Madrid: Euramérica.
- GUNTHER, R. 1988. *Politics and culture in Spain*. Ann Arbor: Center for Political Studies.
- GUNTHER, R. 1992. "Spain: The very model of the modern elite settlement", en J. Higley y R. Gunther, eds., *Elites and democratic consolidation: Latin America and Southern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LINZ, J.J. 1987. "Innovative leadership in the transition to democracy and a new democracy: the case of Spain". Ponencia presentada en la conferencia sobre *Innovative leadership and international politics*, Jerusalén (Israel).
- LINZ, J.J. 1989. "Il rapporto tra legittimazione ed efficacia di governo", en *Mondoperaio*, 3: 111-116.
- LINZ, J.J. 1990. "Reflexiones sobre la sociedad española", en S. Giner, ed., *España: sociedad y política*. Madrid: Espasa - Calpe.
- LINZ, J.J. y MONTERO, J.R., eds. 1986. *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- LINZ, J.J., GOMEZ REINO, M., ORIZO, F.A. 1981. *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981*. Madrid: Euramérica.
- LINZ, J.J., GOMEZ REINO, M., ORIZO, F.A. y VILA, D. 1986. *Conflicto en Euskadi*. Madrid: Espasa-Calpe.
- LOPEZ PINA, A. y ARANGUREN, E. 1976. *La cultura política en la España de Franco*. Madrid: Taurus.
- LOPEZ PINTOR, R. 1982. *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LOPEZ PINTOR, R. 1987. "El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada", en *Política y Sociedad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LLERA RAMO, F. 1986. *Postfranquismo y fuerzas políticas en Euskadi. Sociología electoral del País vasco*. Bilbao: Universidad del País vasco.
- MARAVALL, J.M. 1978. *Dictatorship and political dissent: workers and students in Franco's Spain*. Nueva York: St. Martin's Press.
- MARAVALL, J.M. 1984. *La política de la Transición*. Madrid: Taurus.
- MARAVALL, J.M. y SANTAMARIA, J. 1986. "Political Change in Spain and the Prospects for Democracy", en G. O'Donnell, Ph. Schmitter y L. Whitehead, eds., *Transitions from authoritarian rule. Southern Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Mc DONOUGH, P., BARNES, S.H. y LOPEZ PINA, A. 1986. "The growth of democratic legitimacy in Spain", en *American Political Science Review*, 80: 735-60.
- MONTERO, J.R. 1981. "Partidos y participación política", en *Revista de Estudios Políticos*, 25: 33-72.
- MONTERO, J.R. 1984. "Niveles, fluctuaciones y tendencias del abstencionismo electoral en España y Europa", en *Revista de Investigaciones Sociológicas*, 28: 223-242.
- MONTERO, J.R. 1988. "Elecciones y ciclos electorales en España", en *Revista de Derecho Político*, 25: 11-34.
- MONTERO, J.R. 1992. "Sobre la democracia en España: legitimidad, apoyos institucionales y significados". Madrid: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Working Paper.
- MONTERO, J.R. y TORCAL, M. 1990a. "Voters and citizens in a new democracy: some trend data on political attitudes in Spain", en *International Journal of Public Opinion Research*, 2: 116-140.

- MONTERO, J.R. y TORCAL, M. 1990b. "Autonomías y Comunidades Autónomas en España: preferencias, dimensiones y orientaciones políticas", en *Revista de Estudios Políticos*, 70: 33-91.
- MORLINO, L. y MONTERO J.R. (1992): "Democracy and legitimacy in Southern Europe". Ponencia presentada en la reunión sobre *The politics of democratic consolidation*. Social Science Research Council, Roma (Italia).
- ORIZO, F.A. 1991. *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*. Madrid: Fundación Santa María.
- PEREZ DIAZ, V. 1990. *The emergence of democratic Spain and the "invention" of a democratic tradition*. Madrid: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Working Paper.
- RODRIGUEZ AGUILERA, C. 1988. "Balance y transformaciones del sistema de partidos en España", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 42: 137-153.
- SANI, G. y MONTERO, J.R. 1986. "El espectro político: izquierda, derecha y centro", en J.J. Linz, J.R. Montero, eds., *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- SANTAMARIA, J., ed. 1982. *Transición a la democracia en el Sur de Europa y en América Latina*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SCHMITT, H. 1989. "On party attachment in Western Europe and the utility of Eurobarometer data", en *Western European Politics*, 12: 122-131.
- VALLES, J.M. 1987. "Quante Spagne elettorali? Dimensioni territoriali del fenomeno elettorale nella Spagna odierna", en M. Caciagli y P. Corbetta, eds. *Elezioni regionali e sistema politico nazionale. Italia, Spagna e Repubblica Federale Tedesca*. Bolonia: Mulino.
- VAN DETH, J.W. 1990. "Interest in politics", en M.K. Jennings, J.W. van Deth et al., *Continuities in political action. A longitudinal study of political orientations in three western democracies*. Berlin: Walter de Gruyter.

**RESUMEN**

Este artículo ofrece una visión general de las actitudes políticas básicas de los españoles desde los últimos años del franquismo hasta la actualidad. Su objetivo consiste en analizar los elementos de continuidad y cambio que se han producido a lo largo de esos quince años. Para ello se observa la evolución actitudinal de los españoles en tres grupos de indicadores. El primero incluye indicadores electorales, en la medida en la que las cinco elecciones parlamentarias celebradas hasta el momento expresan preferencias ideológicas fundamentalmente moderadas y reformistas. Se analizan a continuación las orientaciones hacia el sistema político y, finalmente, las opciones sobre la política democrática y los mecanismos de participación. Se comprueba que las actitudes básicas de los españoles se caracterizan por la coexistencia de las favorables a la legitimidad democrática con las de desimplicación y apatía políticas. Esta combinación de actitudes se ha calificado de cinismo democrático o democratismo cínico y se concluye que la apatía, la indiferencia, la no solidaridad y la ineficacia para la acción colectiva resultan incompatibles con una participación efectiva que institucionalice un auténtico pluralismo dinámico.

**ABSTRACT**

This article shows a general view of basic political attitudes of Spanish people, as from the last years of Franco's regime. Its goal is to analyze the elements of continuity and change produced in these fifteen years. Therefore, the evolution of the attitudes is watched through three groups of indicators. The first one includes electoral indicators, which show that the five legislative elections that have taken place so far basically express moderate and reformist ideological choices. Then, the author analyzes people's orientation towards the political system and, finally, opinions about democratic policy and ways of participation. It is thereby proven that basic attitudes of the Spanish are in favour of democratic legitimacy and, at the same time, politically indifferent. This combination has been called "democratic cynism" and the conclusion is that, apathy, indifference, unsolidarity and inefficacy undertake collective action are incompatible with the effective participation required to institutionalize an authentic dynamic pluralism.